

Buenos Aires | 13-16 de agosto de 2003

6^o

**Congreso
Nacional
de Estudios
del Trabajo**

**Los trabajadores
y el trabajo en la crisis**

HISTORIA DE LAS RELACIONES SOCIALES DE PRODUCCIÓN CAPITALISTAS EN LA ARGENTINA A TRAVÉS DEL ANÁLISIS DE LOS PROCESOS DE TRABAJO. EL CASO DE LA INDUSTRIA CERVECERA ARGENTINA.

-Autor: Leandro Ariel Morgenfeld

leandromorgenfeld@hotmail.com

FICHA TECNICA	
AUTOR/ES	Leandro Ariel Morgenfeld
DIRECCIÓN	Callao 463 5° Piso, depto. E
CIUDAD- PAÍS	Capital Federal. Argentina
CÓDIGO POSTAL	1022
TELÉFONO	43715974
DIRECCION DE CORREO ELECTRONICO (e-mail)	leandromorgenfeld@hotmail.com
INSTITUCIÓN/ES DE PERTENENCIA.	Facultad de Filosofía y Letras - UBA
DIRECCIÓN LABORAL	----
CIUDAD- PAÍS CÓDIGO POSTAL	----
TÍTULO DEL TRABAJO	Historia de las relaciones sociales de producción capitalistas en la Argentina a través del análisis de los procesos de trabajo. El caso de la industria cervecera argentina.
TEMÁTICA DEL MISMO	Historia de los procesos de trabajo en la Argentina

- Mesa temática 16: “Los procesos de trabajo en la restructuración productiva”, coordinada por Marta Novick y Ana María Catalano, mnovick@ciudad.com.ar y anacatalano@ciudad.com.ar

Entender las transformaciones que están ocurriendo actualmente en la esfera de la producción en general y en el mundo del trabajo en particular requiere, en primer lugar, conocer su historia. Creemos que no hay suficientes estudios específicos sobre los procesos de trabajo en nuestro país lo que lleva a que proliferen las controversias no resueltas en torno al carácter del desarrollo industrial argentino. El conocimiento de los procesos de trabajo es un paso necesario para el análisis del devenir social del sistema capitalista en su conjunto y nos proponemos, en esta ponencia, estudiar las transformaciones de los mismos entre 1870 y 1940 y el vínculo de este proceso con el de concentración y centralización.

En el caso de la investigación en curso que aquí presentamos, hemos tomado una rama particular, la industria cervecera argentina, cubriendo un área donde el vacío historiográfico es casi total. Se eligió esta rama teniendo en cuenta el desarrollo exponencial de la misma entre los últimos años del siglo diecinueve y los primeros del veinte, donde hubo una reducción de más del 95 % de la cantidad de cerveza importada y a la par un aumento del consumo y de la producción nacional sin precedentes. En las tres décadas siguientes esta tendencia se intensificó, consolidándose esta producción como una de las más dinámicas entre las ramas alimenticias. Así, mucho antes de la llamada “etapa de industrialización por sustitución de importaciones” la industria cervecera argentina era una de las más desarrolladas y tecnificadas y sus fábricas poco tenían que envidiarle a las más modernas del mundo.

Una historia de la industria cervecera en nuestro país abonará el terreno para estudios sobre la industria en general y sobre los procesos de trabajo en particular. Nuestro trabajo tiene dos objetivos: en primer lugar, dar cuenta del proceso de acumulación, concentración y centralización que se produjo en la rama y que llevó a la quiebra a la mayoría de los establecimientos originales (veremos cómo disminuye constantemente el número de fábricas de cerveza, por quiebras o fusiones, a la par que la producción crece ampliamente); en segundo lugar, rastrear los cambios en los procesos productivos a partir de la creciente mecanización y finalmente desarrollar una explicación del vínculo entre esos dos procesos, la centralización y la mecanización (cada vez menos fábricas, pero con una mayor inversión en bienes de producción y una mayor productividad). Esto nos permitirá establecer, al menos como hipótesis de trabajo, cuál es la lógica global del desarrollo industrial en nuestro país y qué llevó al pasaje de los regímenes de cooperación simple y manufactura al de gran industria.

II- Conceptos fundamentales de y para la investigación del proceso de producción.

a) El proceso de trabajo.

Consideremos, en primer lugar, los aspectos generales del trabajo, propios de cualquier sociedad. El objetivo del proceso de trabajo es obtener valores de uso, apropiarse de lo natural para satisfacer sus

necesidades. En el proceso laboral, la actividad del hombre, a través del medio de trabajo, realiza una modificación del objeto de trabajo procurada de antemano (o sea que es una actividad consciente). El proceso se extingue en el producto, que es un valor de uso, un material de la naturaleza adaptado a las necesidades humanas mediante un cambio de forma. El trabajo “aparece” ahora en su objeto. Lo que en el trabajador aparecía bajo la forma de movimiento, se manifiesta ahora en el producto como atributo en reposo. El trabajo se ha objetivado. Pero, en el capitalismo, el proceso de trabajo, fundamento de toda sociedad humana, toma una forma determinada.

Veamos cómo se transforma este proceso en el capitalismo. El aspirante a capitalista -recordemos que nos referimos, en primer lugar, a un momento de transición- hace que el portador de la fuerza de trabajo por él adquirida, el asalariado, consuma a través de su trabajo los medios de producción. Compra esta fuerza y la hace trabajar, en esta primera etapa, como lo hacía en el período donde aún no había capitalistas (la transformación del modo de producción subsumiendo al trabajo en el capital todavía no se ha concretado). En este primer momento, ocurren dos fenómenos nuevos durante el consumo de la fuerza de trabajo por parte del capitalista: el capitalista controla el trabajo del obrero y vela porque no se desperdicie materia prima y porque no se desgasten de más los instrumentos de trabajo, y el producto es propiedad del capitalista y no del productor directo, el obrero. El capitalista paga el valor de la fuerza de trabajo y consume su valor de uso. Mediante la compra de la fuerza de trabajo, el capitalista ha incorporado la actividad laboral misma a los elementos inanimados que componen el producto y que también le pertenecen. El proceso de trabajo se transforma en un proceso entre cosas que el capitalista ha comprado, entre cosas que le pertenecen. De ahí que también le pertenezca el producto de ese proceso. Quiere producir un valor de uso en tanto sea portador de un valor y de un plusvalor. En el capitalismo, el valor de uso sólo es importante en tanto sea portador material de un valor de cambio. Y aquí empezamos a develar una de las claves de este nuevo modo de producción. Al transformar el dinero en mercancías que sirven como materias formadoras de un nuevo producto o como factores del proceso laboral, se incorpora fuerza viva de trabajo a la objetividad muerta de esos nuevos productos. El capitalista logra transformar valor -trabajo pretérito, objetivado, muerto- en capital, en valor que se valoriza a sí mismo. La diferencia entre el trabajo en cuanto creador de valor de uso y el mismo trabajo en cuanto creador de valor, se presenta ahora como diferenciación entre los diversos aspectos del proceso de producción. El proceso de producción capitalista, como proceso de producción de mercancías, es la unidad del proceso laboral y del proceso de formación de valor, es la forma capitalista de la producción de mercancías. O sea que para estudiar el proceso de producción debemos analizarlo desde dos puntos de vista diferentes, como proceso de trabajo y como proceso de valorización. El trabajador no trabaja dos veces, una para crear un valor de uso y otra para crear valor y plusvalor, sino que ambos se funden en un único proceso de producción.

Pero, ¿cómo se da la relación entre el capitalista y el obrero? El primer proceso pertenece a la esfera de la circulación: el capitalista compra una capacidad de trabajo y la paga a su valor, es un intercambio entre equivalentes. El segundo proceso, el de trabajo, ocurre entre cosas que el capitalista ha comprado, entre cosas que le pertenecen (materias primas, medios de producción y fuerza de trabajo). Los medios de producción, en este proceso, no son sólo medios para la realización del trabajo sino que se utilizan como medios para la explotación del trabajo ajeno. El proceso de trabajo pasa a ser un mero instrumento del proceso de valorización. El objetivo no será la producción de bienes útiles sino de bienes que (además de ser útiles) sean portadores de valor. El proceso de trabajo se subsume -se incorpora subordinadamente- en el capital y el capitalista se convierte en el dirigente del mismo. En este primer momento, donde la subsunción sólo puede ser formal, se da la primera mistificación propia de la relación de capital: la facultad que tiene el trabajo de conservar el valor aparece ahora como capacidad del capital de autoconservarse y la facultad del trabajo para generar valor, como capacidad del capital de autovalorizarse. Parece, entonces, que es el trabajo objetivado quien utiliza al trabajo vivo y no al revés, como realmente ocurre. Pero, decimos que la subsunción es sólo formal ya que el proceso de trabajo ha conservado las características propias de la etapa precapitalista. Se establece, en primer lugar, la “cooperación simple”, que es la forma de trabajo en la cual un conjunto de personas, reunidas bajo un mismo techo, realizan al mismo tiempo la misma tarea o una de naturaleza semejante. Este sistema permite ahorros en infraestructura y en algunos de los medios de trabajo, en tanto éstos adquieren, en parte, un carácter social antes de que el trabajo lo haga (el costo de algunos instrumentos como el de los edificios disminuye al ser empleados por más gente, para una producción mayor). Se intensifica el trabajo y se logran compensar las diferencias entre los trabajos individuales, conformándose una primera jornada de trabajo social medio. Sin embargo, la primera revolución en el proceso laboral ocurre con la “manufactura”, que implica una revolución en la fuerza de trabajo: el obrero deja de realizar la totalidad del proceso de trabajo para dedicarse en forma permanente a un única tarea parcial. La manufactura se basa en la división del trabajo, donde las distintas operaciones del proceso laboral son separadas, asignadas a un obrero parcial y yuxtapuestas en el espacio. Las diferentes tareas requieren diversas pericias y calificaciones y por ello se crea una jerarquía en la fuerza de trabajo que se refleja en la escala salarial. Las tareas más simples permiten el ingreso de las mujeres y los niños a la producción. En esta etapa, donde la subsunción sigue siendo formal, sólo se puede incrementar la plusvalía prolongando el tiempo de trabajo. Por ello se habla de plusvalía absoluta. Lo que sí cambia radicalmente es la escala de producción, ampliándose los medios de producción adelantados y la cantidad de obreros dirigidos por el mismo patrón. Este aumento de escala sentará las bases para el régimen de producción específicamente capitalista, la “gran industria”, en la que la revolución se produce en el *medio* de trabajo. Cambia toda la forma real del modo de producción y surge, incluso desde el punto de vista tecnológico, un modo de

producción específicamente capitalista. Aparece la máquina, pero no ya sólo como un elemento simple de la producción, sino que se conforma un sistema de máquinas, un gran autómatas. El trabajo abandona la base manual que había conservado durante la manufactura y pasa a ser objetivo. Los ritmos y la intensidad del trabajo están dictados por el gran autómatas. La subsunción del trabajo es ahora real, en tanto que el obrero no puede reproducir por sí mismo las condiciones de producción de la gran industria. La producción de plusvalía relativa cambia totalmente los procesos técnicos de trabajo. Se revolucionan las fuerzas productivas y toda transformación aparece como fuerza productiva del capital, no del obrero individual ni del obrero colectivo. La mistificación se profundiza y crece el mínimo de capital necesario cuanto más se desarrolla la productividad social del trabajo. Se acelera el proceso que llevará a la producción específicamente capitalista a conquistar todas las ramas industriales en las que hasta ese entonces la subordinación era sólo formal. En esta etapa se dispara la carrera de la “producción por la producción”, creciendo la necesidad, vital para sobrevivir en la competencia intercapitalista, de incrementar permanentemente la productividad del trabajo, o sea de producir un máximo de productos con un mínimo de trabajo. Hay que abaratar las mercaderías y esto se convierte en una ley del modo de producción capitalista. No son las necesidades sociales las que determinan la escala de producción sino que es la escala de la producción la que determina la masa del producto. La competencia obliga a abaratar el valor de cada mercadería incorporando maquinaria. Esto presupone una escala de producción cada vez mayor, lo que preanunciará una de las características críticas del sistema: la tendencia a la sobreproducción (acrecentada por la falta de planificación). El núcleo para entender las crisis capitalistas, entonces, está presente en el proceso de producción. Es la competencia intercapitalista la que obliga a aumentar las inversiones en maquinaria, haciendo que se eleve la composición orgánica del capital (o sea la relación entre el capital constante y el capital variable). Se da así una fragmentación y una descalificación del trabajo, degradándose los conocimientos específicos del trabajador. Sin embargo, la creciente separación del productor de los medios de producción con la consecuente pérdida del dominio del proceso de trabajo, debe enfrentarse con la unidad ineludible que se produce en el proceso de trabajo. El trabajo se mecaniza, se reemplaza trabajo vivo por trabajo muerto, hombres por máquinas, pero, a su vez, y en forma contradictoria, en el proceso no se puede prescindir del trabajo humano ya que éste es la única fuente de creación de valor y plusvalor. La competencia intercapitalista lleva, entonces, a que se desarrolle la cooperación antagónica que caracteriza al capitalismo y lleva a que se produzca el paso de la cooperación simple a la manufactura y, luego, a la gran industria. A través de esta objetivación se da el pasaje a la subsunción real y el obrero se degrada hasta ser sólo un apéndice de la máquina.

b) El proceso de acumulación, concentración y centralización.

Veamos, ahora, cómo se desenvuelve el régimen capitalista desde el punto de vista de la burguesía. Toda acumulación amplía la concentración de capital en manos de capitalistas individuales. Estos capitales crecen en la medida en que constituyen partes alícuotas del capital global. Al mismo tiempo, se desprenden de los capitales originales fragmentos de ellos que comienzan a funcionar como nuevos capitales independientes. Por lo tanto, con la acumulación de capital crece el número de capitalistas. Sin embargo, contra este fraccionamiento opera la *atracción* de las mismas fracciones de capital, la centralización creciente de los medios de producción en las manos de capitalistas individuales. Es una centralización de capitales ya formados, la expropiación de los capitalistas por parte de los capitalistas, la transformación de muchos capitales menores en pocos mayores. Este proceso se distingue del anterior en que, presuponiendo solamente una distribución modificada de los capitales ya existentes, su campo de acción no está limitado por el crecimiento absoluto de la acumulación. Es la centralización propiamente dicha, a diferencia de la acumulación y la concentración. Ésta se produce cuando aumenta el volumen mínimo del capital individual requerido para explotar una rama que crecientemente se ha ido mecanizando. En síntesis, en el modo de producción capitalista, al tener los capitalistas la necesidad de transformar parte de la plusvalía en nuevo capital (reproducción ampliada), hay una tendencia a acumular capital (el capital, para perpetuarse, debe reproducirse). A lo largo del tiempo, se produce una concentración del capital, un aumento de la acumulación por parte de los capitalistas. Y esto lleva a una centralización de capitales, es decir, a una disminución de los capitalistas, producto de fusiones y absorciones que acaban con las fábricas más pequeñas, que no pueden adaptarse a la racionalización de la producción. Esto lleva a la constitución de monopolios y al cambio del carácter de la competencia intercapitalista. La libre competencia se transforma en competencia monopólica, que tenderá a frenar o disminuir la intensidad del desarrollo de las fuerzas productivas, al retrasar o suprimir la aplicación de innovaciones debido a la falta de movilidad de capitales y a la consecuente momentánea disminución de la competencia. Las etapas de la subsunción del trabajo en el capital y de la concentración y centralización de capitales que recién explicamos son históricas y lógicas. La propia dinámica del modo de producción, por la competencia y el carácter anárquico de la producción, obliga a los capitalistas a actuar más allá de su voluntad. O introducen mejoras en sus fábricas o quiebran. La competencia es la que determina el sentido de los cambios en los procesos productivos. Pero, dichos cambios requieren cada vez volúmenes mayores de capital. Desde el punto de vista histórico, esta tendencia a la centralización llevó, a fines del siglo XIX, al inicio de una nueva etapa, el imperialismo, que es la etapa del capitalismo monopólico.

c) Las etapas de la subsunción del trabajo en el capital.

Sinteticemos lo expuesto hasta aquí. Desde nuestra perspectiva teórica, el estudio del proceso de producción y, dentro del mismo, del proceso de trabajo, será un aspecto central para analizar el funcionamiento, la historia y las transformaciones de las relaciones sociales de producción capitalistas. En el seno del proceso productivo se expresa la contradicción básica del régimen capitalista. La dominación del capital es doble, en tanto son los dueños de los medios de producción y controlan realmente el proceso de trabajo. Sin embargo, esta dominación no es estática. Como vimos, a lo largo de la historia del capitalismo, fue incrementándose la subsunción del trabajo en el capital, pero dicha subordinación nunca puede ser total, debido a que el trabajo vivo es la única fuente de creación de valor (aspecto objetivo) y debido a la lucha de los obreros por no resignar todo su saber sobre los procesos de trabajo, por mejorar las condiciones de trabajo y por incrementar el precio de su fuerza de trabajo (aspecto subjetivo). En una etapa inicial, la subsunción sólo puede darse formalmente, aumentando la intensidad del trabajo, pero sin cambiar el modo de producción en sí mismo. Luego viene una nueva fase, donde se incrementa el empleo de maquinaria, donde se comienza la extracción de plusvalía relativa, donde se aprovechan más los adelantos científicos y tecnológicos y donde se aumenta la escala de producción. Estas son las bases materiales para imponer unas nuevas relaciones al interior de la fábrica. Se instaura, así, el proceso de trabajo específicamente capitalista, la gran industria, donde la subsunción pasa a ser no sólo formal sino también real. Se consuma la separación definitiva entre el trabajo y las condiciones de trabajo, se organiza objetivamente el trabajo del obrero colectivo (la base del trabajo deja de ser subjetiva) y la gerencia pasa a estar definitivamente en manos del capital, incrementándose como nunca antes la velocidad, la intensidad, la precisión, predicción y calidad del trabajo, la continuidad del proceso, la baratura y rotación de la fuerza de trabajo y la economía de materiales. Con la subsunción real se profundiza la contradicción del capital: por un lado, los capitalistas deben reemplazar trabajo vivo por trabajo muerto, debido a la competencia que los obliga a aumentar la productividad en forma constante, pero, por otro lado, al ir desplazando a los hombres por máquinas se van privando de la única fuente de producción de valor, el trabajo humano, lo que produce una tendencia a la caída de la tasa de ganancia. El capital, así, tiende a ir disminuyendo la capacidad de generar plusvalor.

III- El problema de la transformación de los procesos productivos en la Argentina.

Antes que nada debemos aclarar las razones del marco temporal elegido. El período elegido, 1870-1940, tiene su razón de ser en que hemos querido evitar las usuales periodizaciones basadas en las etapas políticas ya que las transformaciones en los procesos productivos y de trabajo no necesariamente tienen un correlato con los de la vida política y tampoco pueden comprenderse a partir de ella. En 1870, casi no

existía la producción nacional de cerveza, ésta ni siquiera se encontraba entre las bebidas preferidas de los argentinos, que optaban por la sangría y la vinagrada, y la poca que se consumía era traída de afuera. Dos décadas después la situación era totalmente distinta y la rama se había convertido en una de las más dinámicas. Desde el momento en que surge la industria cervecera nacional hasta los primeros años del siglo XX es cuando se produjo además el proceso de concentración, centralización y mecanización que estudiamos. Además, cambió la fisonomía de las fábricas y del proceso de trabajo y producción en su totalidad. Nuestra hipótesis es que en los primeros 50 años que abarca nuestro trabajo se consolidó la manufactura moderna y se preparó la transición hacia la gran industria. En los 20 años que transcurren entre 1920 y 1940 veremos que dicho proceso de centralización se profundiza aún más, a la par que se extiende el régimen de gran industria.

En términos de la economía argentina en su conjunto, desde la década 1870 hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914, Argentina amplió su producción exportable y unificó sus mercado interiores, en gran medida debido al aporte masivo de capitales extranjeros, que aceleraron la transformación de la estructura productiva nacional ampliando el ámbito de influencia de las relaciones asalariadas. Los principales sectores en los que se produjo esta expansión fueron: ferrocarriles, puertos, sistema financiero, servicios urbanos, frigoríficos y otros. Este rápido incremento del flujo de capitales externos no respondió exclusivamente a circunstancias específicas de nuestro país sino que puede relacionarse, con una característica clave de la etapa imperialista: la exportación de capitales. Además, los países europeos, y principalmente el Reino Unido, al mismo tiempo que aumentaron su capacidad exportadora de productos manufacturados, también incrementaron sus necesidades de importación de productos primarios baratos (alimentos y materias primas), para disminuir tanto el valor de su fuerza de trabajo (elemento central para incrementar la extracción de plusvalía relativa), como el valor del componente circulante del capital fijo. La demanda de los países centrales ya no se circunscribía a los bienes exóticos provenientes de países lejanos, sino a otros que tradicionalmente habían producido ellos mismos (lana, carnes y cereales, entre los que más significación tuvieron para la economía argentina). Esta expansión geográfica del mercado mundial se orientó hacia los países “nuevos”, generalmente de clima templado, con abundantes y baratas tierras disponibles, como Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Uruguay, sur de Brasil y la propia Argentina. La exportación de capitales por parte de Europa brindó a los países “receptores” los recursos necesarios para construir una adecuada infraestructura de transportes y poner a producir sus territorios con la rapidez que demandaban los mercados. Los países recientemente incorporados al mercado mundial se especializaron, generalmente, en la producción primaria, mientras que Europa Occidental vio complementada (y en algunos casos sustituida) su producción primaria, al mismo tiempo que ampliaba los mercados para sus productos industriales. Así como no se puede negar la correspondencia entre las inversiones externas y el comercio

internacional, sí parece discutible, al menos en el caso británico, el hecho de que las inversiones hayan tenido como principal objetivo la promoción de las exportaciones industriales de los países inversores hacia los que recibían las inversiones. Si bien, en una primera etapa, las inversiones británicas lograron que este país aumentara también las exportaciones de sus productos manufacturados, a partir de 1880, cuando su predominio comenzó a ceder ante el avance de las exportaciones industriales de otras naciones europeas y de Estados Unidos, el papel de las inversiones pareció dejar de ser el de permitir la ampliación de las exportaciones de bienes de consumo. Gran Bretaña pasó a sustentar su primacía mundial más en el dominio financiero y comercial que en el industrial. El flujo de divisas de Argentina a Gran Bretaña ya no se explicaba tanto por la compra de sus manufacturas como por el pago de intereses por la deuda, utilidades de las empresas o la garantía del Estado a algunas inversiones privadas extranjeras.

En el caso de la Argentina, pueden registrarse, siguiendo a Regalsky¹, tres ciclos de inversiones hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial: entre 1862 y 1873-75, entre 1881 y 1890 y entre 1903 y 1913, que no difieren demasiado de las grandes etapas de auge de las exportaciones de capital a nivel mundial. El comienzo del primer ciclo estuvo precedido por el auge de nuestras exportaciones de lana y los inicios de la colonización agrícola. Además, en 1862 se renegoció el empréstito de Baring a la provincia de Buenos Aires de 1824 y se reunificó políticamente el país bajo la presidencia de Mitre (que dio muestras de “confiabilidad” a los inversores extranjeros a través de las garantías de rentabilidad que el estado otorgó a las inversiones extranjeras en ferrocarriles y de su compromiso para pagar periódicamente los intereses de los empréstitos públicos en el exterior). La corriente de inversiones se interrumpió por la crisis mundial de 1873, que provocó perturbaciones en los mercados financieros europeos y una depresión en el comercio mundial. Entre 1881 y 1890, tras la mejora en la balanza comercial, el retorno a las paridades cambiarias previas a la crisis, el comienzo de un ciclo de prosperidad agrícola en la provincia de Santa Fe, la incorporación de enormes superficies de tierra en la pampa húmeda, a partir de la expropiación indígena, con la “Conquista del Desierto”, la federalización de la ciudad de Buenos Aires -que ponía fin a un viejo conflicto- y la asunción de Roca como presidente -lo cual permitió un período de estabilidad política-, se produjo un importante incremento del flujo de inversiones. Hacia 1891, éstas representaban nueve veces más que las de 1875. Argentina se transformó en una de las regiones de inversiones más importantes del mundo (Gran Bretaña seguía teniendo la primacía entre los inversores en nuestro país, pero ahora se sumaban Francia, Alemania y Bélgica). El ciclo mostró dos fases: hasta 1884-5, continuaron siendo predominantes las inversiones en empréstitos (generalmente del gobierno nacional), mientras que, en la segunda mitad de la década de 1880, pasaron a ser más importantes las inversiones en sociedades anónimas, principalmente en ferrocarriles

¹Regalsky, Andrés Martín: Las inversiones extranjeras en la Argentina (1860-1914), CEAL, Buenos Aires, 1986.

(precisamente cuando, como veremos, en la rama cervecera se conforma Quilmes S.A., con capitales europeos, y Bieckert vende su compañía a una sociedad anónima inglesa). El ciclo se vio interrumpido por la crisis de 1890, cuando nuestro país entró en cesación de pagos, se depreció el papel moneda y se paralizaron las inversiones extranjeras hasta la década siguiente. En el tercer ciclo, entre 1903 y el inicio de la primera guerra mundial, la llegada de inversiones volvió a ser muy importante (en ferrocarriles, actividades agropecuarias, electricidad y frigoríficos) y, si bien el principal país inversor continuó siendo Gran Bretaña, aparecieron los primeros capitales norteamericanos (lo cual prefiguraría la futura disputa interimperialista entre ingleses y norteamericanos por el dominio de la región). El ciclo se clausuró con la Gran Guerra, que produjo una parálisis completa en las transacciones de capital. Recién en la década de 1920 se generó un nuevo ciclo de inversiones, con características muy diferentes (la mayor parte de los capitales eran de origen norteamericano y se destacaron nuevos rubros como los automóviles, el petróleo, el caucho y el cemento), que nuevamente se interrumpiría con la depresión iniciada a finales de la década, que se puso de manifiesto a partir de la caída de la Bolsa de Wall Street y de la posterior internacionalización de la crisis.

Si nos detenemos a analizar más específicamente la situación de la industria, podemos señalar que, antes de 1880, ésta era muy rudimentaria. Las industrias relacionadas con la explotación pecuaria tradicional -saladeros y graserías-, estaban declinando, al igual que el “ciclo de la lana”, desplazados ahora por la aparición del frigorífico. La naciente industria nacional contó con una reducida o nula “protección” por parte del estado, que no elaboró inicialmente ningún sistema de tarifas para gravar las mercancías que llegaban del exterior. Recién a mediados de la década de 1870 se produce en el parlamento un primer debate sobre el proteccionismo y, en 1877, se sanciona la Ley de Aduanas, que, sin embargo, al tener objetivos más fiscales que de promoción de la industria nacional no tuvo demasiados efectos sobre la misma. Un problema que agravó la “desprotección” de la industria nacional fue la Ley Arancelaria de 1906, que cambió la precedente de 1877 y estableció un aforo para cada bien importable que sólo podía ser modificado por otra ley (lo cual, con el regular aumento de precios, se tradujo en una disminución en los términos de las tarifas reales que se pagaban sobre los artículos extranjeros). Para analizar superficialmente el estado de la industria argentina podemos basarnos, aunque sólo inicialmente, en los datos que nos proporcionan los censos. El primer censo nacional, de 1869, si bien no analiza específicamente el estado de la industria, muestra la poca importancia del sector. Asimismo, en el censo de la Unión Industrial Argentina de 1887 de la provincia de Buenos Aires, se puede observar cómo la mayoría de los establecimientos industriales no eran verdaderas fábricas sino simples talleres donde predominaba el trabajo artesanal. En el censo nacional de 1895 se nota ya un crecimiento importante del sector industrial y, en el de 1914, ya se perciben algunos progresos muy significativos respecto a la medición anterior, sobre todo en las industrias alimenticias (el número de

establecimientos crece en un 284,3 %, la fuerza motriz en un 365,9 % y el personal empleado en un 177,1 %)². La rama alimenticia (en la que se destacaban lácteos, galletitas y bebidas) se consolida tras la aparición del frigorífico y la expansión del mercado interno, y representa casi un 40 % del total de los establecimientos. Durante la Primera Guerra Mundial disminuyeron significativamente las importaciones de productos manufacturados, pero la protección que ello produjo en relación a la industria nacional no se vio reflejada en un crecimiento de la misma (salvo en algunas ramas, como la textil), sino que incluso se registró una disminución (al igual que en la inversión). Este descenso general se debió a la caída de la demanda de productos manufacturados de origen agropecuario debido a la conflagración europea (que sólo en algunas ramas se pudo contrarrestar con el desarrollo del mercado interno) y a la dificultad para importar bienes de capital y otros insumos, lo cual trajo como consecuencia que no pudo ser demasiado aprovechada la protección que la guerra suponía para la industria local. Finalizado el conflicto y restablecida la normalidad en el comercio internacional en la década de 1920, la producción industrial argentina tuvo un crecimiento muy importante, sustentado en el aumento de las inversiones extranjeras (entre 1920 y 1929 se duplicó la producción y se triplicó la inversión), sobre todo de origen norteamericano (que invertían en nuevos sectores como la industria automotriz, la metalúrgica, la del caucho, y la de derivados del petróleo). Por supuesto, esta nueva oleada de inversiones se correspondía con la recuperación internacional del capitalismo de posguerra y con el paulatino crecimiento de una nueva potencia mundial, los Estados Unidos. La crisis mundial de 1930 marcaría otro hito en el desarrollo industrial argentino. El mercado local ampliado, que ya no podía ser totalmente abastecido por las manufacturas extranjeras, permitió expandir la producción en algunos sectores. Se diversifica la producción industrial y se produce una complejización de la estructura social. Sin embargo, disentimos con quienes ven en esta fecha el momento de nacimiento de la industria nacional. Teniendo en cuenta esta introducción general, veamos qué ocurrió con la industria cervecera.

IV- ¿Por qué estudiar la industria cervecera?

Hay una serie de elementos que nos llevaron a optar por esta rama industrial. En primer lugar, debemos destacar que era una rama que había permanecido casi totalmente al margen de los estudios histórico-económicos. Por ello, con sólo haber relevado y sistematizado una gran cantidad de fuentes primarias sobre la industria cervecera estamos produciendo un aporte al conocimiento general sobre el estado de la industria argentina del período. El segundo motivo que nos llevó a elegir esta rama es que, al contrario de lo que podría parecer a primera vista, no es la típica agroindustria que procesaba materia prima local. Muchos autores destacan la debilidad del proceso de industrialización en nuestro país

² Rapoport y colaboradores: *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Ediciones Macchi, Buenos

debido a que sólo se limitó a transformar aquellas materias primas que se producían en nuestros campos (industria frigorífica, molinera, vitivinícola, etc.). Gerchunoff y Llach³, por ejemplo, mencionan a las fábricas de cerveza como las beneficiarias, junto con los frigoríficos, los molinos harineros, los viñedos y los molinos azucareros como los ejemplos de las industrias que se desarrollaron como consecuencia de la consagración de Argentina a la producción agrícola y ganadera. Sin embargo, en la industria cervecera y a diferencia de las otras ramas industriales recién mencionadas, no se utilizaron materias primas producidas en el país sino importadas -cebada, malta y lúpulo- hasta mucho después de que la industria se hubiera consolidado. La Primera Maltería Argentina, que procesa cebada nacional, recién se funda en 1920, cuando la industria llevaba muchísimos lustros de floreciente actividad. En este caso, se dio el proceso inverso: primero se desarrolló la actividad industrial y luego, por necesidad de la misma, se comenzó a plantar cebada y lúpulo en el país.

Otro elemento que nos llevó a elegir esta rama es que muchos la tomaron como el prototipo de monopolización por causas políticas. Si era una de las más centralizadas, sostienen algunos autores, se debía a las prácticas fraudulentas del grupo Bemberg, dueño de los principales establecimientos, propias de un país poco serio donde la corrupción estuvo a la orden del día⁴. Por este motivo, entonces, nos parece que es ideal para demostrar lo contrario, para ver que, en los países capitalistas “serios”, no ocurrían en todo caso cosas muy distintas. Nuestro interés por estudiar la concentración y la centralización en la rama cervecera se debe a que, como señalamos más arriba, sólo a partir del conocimiento de las bases reales sobre las que se asentó la producción industrial podremos investigar los cambios en los procesos de trabajo y determinar las relaciones que hay entre la centralización y la mecanización. Nuestra hipótesis -el fenómeno subyacente que explica los procesos de concentración y centralización es la transformación de los regímenes de producción- es un punto de partida muy distinto al de quienes plantean que, si hubo una concentración y centralización de la magnitud que describimos, fue porque intercedieron elementos fundamentalmente extra-económicos en el proceso.

V- La historia de la industria cervecera.

La cerveza es una bebida milenaria. Hay registros arqueológicos que muestran que hace más de 4.000 años comenzaba a producirse, a partir de fermentaciones naturales de líquidos harinosos, una bebida embriagadora que algunos llamaron “vino de cebada”. Diversos pueblos, a lo largo de la historia

Aires, 2000, p. 71.

³ Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas: *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, 1998, p. 38.

⁴ Para ver un análisis en torno a estas posturas, véase Morgenfeld, Leandro: “Cambios de los procesos de trabajo en la fabricación de cerveza. Desde los orígenes de la manufactura a la gran industria. Buenos Aires, 1870-1920”. Ponencia presentada a las VIII Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia, Salta, 19 al 22 de septiembre de 2001.

produjeron distintas bebidas basadas en la fermentación de cebada, trigo, arroz, avena u otros cereales. En la temprana Edad Media, la cerveza era producto de una tarea doméstica, generalmente a cargo de las mujeres de la casa. Los granos eran triturados con piedras o masticados, y una vez producida la masa, para llegar a su fermentación y producir el caldo, se la depositaba en vasijas, añadiéndole agua y haciendo hervir el líquido por medio de piedras calientes. En la Edad Media, en Baviera y Franconia se registraron los primeros “establecimientos” cerveceros: los conventos. Será allí donde nazca una proto-industria cervecera. Antes de la invención de la imprenta, eran los monjes los únicos capaces de copiar manuscritos antiguos, familiarizarse con técnicas seculares e intercambiar información con otras abadías. De esta manera tomaron conocimiento de las técnicas de germinación de los diferentes granos y comenzaron los experimentos para su realización, logrando cervezas cada vez más sofisticadas. Pero, el privilegio de los conventos para la producción de cerveza fue siempre atacado por los campesinos y los burgueses, que pronto aprendieron de ellos cómo preparar la cerveza de malta y lúpulo. Con el desarrollo urbano en Europa, en los siglos XIII y XIV, surgieron varios gremios de trabajos libres, entre ellos el de los cerveceros, lo cual, por cierto, no implicó que se abandonase la producción casera de cerveza. En el siglo XIV se formaron uniones gremiales en distintas ciudades del norte de Alemania, que pronto comenzaron a vender su cerveza a distintas partes del mundo. En varias ciudades europeas fueron realizándose pequeños avances en el proceso de fabricación. Uno de los más importantes, que ocurrió en Inglaterra, fue el empleo de la levadura cultivada. Antes, en la Edad Antigua y Media, se obtenía la fermentación exponiendo al aire libre el líquido dulce, dejando que se iniciara el proceso de fermentación mediante las levaduras naturales, sistema que, si bien solía dar resultados positivos, muchas veces hacía depender a todo el proceso de determinaciones azarosas que truncaban la fermentación. Alrededor de 1850, las cervecías de Londres lograron conservar la levadura empleada, exponiéndola a una nueva fermentación. Éste fue el primer paso para la producción de levadura cultivada, obteniéndose una mejor reglamentación para el proceso de fermentación y una mayor seguridad para el resultado del braseo. Pero, la transformación más trascendente ocurrió con la incorporación de la máquina de vapor. Desde ese momento, la industria cervecera va pasando del simple trabajo gremial y manual al rango de industria moderna. Hasta fines del siglo XVIII, aun en las cervecías de mayor importancia, los medios auxiliares técnicos se limitaban al malacate (consistía en una viga de madera que giraba alrededor de un eje vertical, tirada por un caballo, que servía para sacar a la superficie el agua de los pozos, principal insumo de la cerveza), las ruedas de agua (aprovechamiento de la fuerza hidráulica) y otras instalaciones técnicas sencillas. Las cervecías pequeñas, por su parte, carecían siquiera del “avance” del malacate y se limitaban al trabajo manual como única fuerza motriz. En la segunda mitad del siglo XVIII nos encontramos ante el gran invento de James Watt, la máquina a vapor, que permitió superar las limitadas fuerzas de las bestias y los hombres y también la de los medios

mecánicos conocidos hasta entonces (aire y agua). La industria cervecera fue una de las primeras en aprovechar el nuevo invento para sus fines, siendo Inglaterra el lugar donde se aplicó por primera vez en la industria cervecera, en el año 1790. Al principio sólo se utilizaba para reemplazar al malacate, es decir para sacar agua de los pozos, pero fueron estos los primeros ensayos para el cambio completo del método técnico en las cervecerías. Este implemento requería, a fin de poder aprovechar su capacidad íntegra, una equiparación del servicio general, siendo por consiguiente la causa de que se instalaran medios técnicos más potentes y de mayor producción. Cuando se pudo aprovechar el vapor como medio propulsor para las máquinas (una de las claves de la revolución industrial fue el reemplazo de fuente de energía orgánica -animal y humana- por inorgánica), se abrieron nuevas posibilidades para aprovecharlo también como medio auxiliar para el proceso del braceo mismo, para la cocción, la destilación, el secado, la vaporización y otros procesos de la técnica del calor. El siguiente país que incorporó la máquina a vapor fue Norteamérica. La consecuencia inmediata fue que tanto en Inglaterra como en Estados Unidos se produjo una radical centralización de capitales, desapareciendo las antiguas empresas pequeñas y medianas y ganando terreno la industria en gran escala. Recién a partir del año 1820 los demás países europeos comenzaron a introducir la maquinaria a vapor en sus industrias cerveceras. En Alemania, la primera se instaló en 1846. La introducción relativamente tardía del sistema a vapor en la industria cervecera alemana tuvo la ventaja de que ésta empezara con una instalación bastante perfeccionada, que estaba muy sobre el nivel de la maquinaria suministrada todavía por el mismo Watt, con sus consiguientes progresos tanto en la técnica, como en la capacidad de producción. Tras la unificación alemana, en 1870-71, se desarrolló aún más la industria, se abrieron grandes establecimientos y se fundaron sociedades anónimas para explotar este rubro. La centralización de los capitales y la mecanización de los procesos productivos fueron de la mano, como dos caras del mismo proceso. El vapor fue ganando terreno y penetró especialmente en las salas de cocimiento de las cervecerías, imponiéndose el sistema de cocción a vapor. La segunda revolución radical en la industria cervecera se atribuye a los descubrimientos del científico Luis Pasteur, que logra explicar el proceso de la fermentación alcohólica, además de preconizar las medidas de higiene que actualmente se mantienen en las fábricas de cerveza. A él se le debe la introducción de la llamada “pasteurización” o esterilización de la cerveza acabada, lo que hará crecer de manera explosiva a las grandes corporaciones cerveceras al permitir conservarlas para su transporte y distribución, aunque en desmedro de su sabor y calidad artesanal. Esto permite el desplazamiento extendido de la producción artesanal por la industrial. Tenemos, ya para fines del siglo XIX, una industria totalmente modernizada, con un proceso de trabajo que había perdido muchos de los vestigios artesanales y que había adquirido características técnicas que le permitían ampliar a escalas antes inimaginables el mercado mundial. Todos estos cambios, por cierto, se realizaron sobre la base de la extensión de las relaciones sociales de producción asalariadas.

Presentamos, así, una breve síntesis de las transformaciones de la producción cervecera a lo largo de varios siglos, para llegar a la situación de fines del siglo XIX, momento en que se expande la fábrica de cerveza en la Argentina.

En el caso de la Argentina, la historia de la producción cervecera se remonta a principios del siglo XVIII cuando se registra el primer establecimiento en la ciudad de Buenos Aires. Durante la primera mitad del siglo XIX está constatada la existencia de algunos otros establecimientos, todos muy rudimentarios. A mediados del siglo XIX observamos la presencia de varios establecimientos más, con una producción de tipo artesanal, en la cual aún no estaban incorporados los implementos técnicos que en Europa causaban furor. En el último cuarto del siglo todo parece cambiar en la industria cervecera. A partir de los datos censales y de algunas fuentes que describen los procesos de producción y de trabajo podemos hacer una primera aproximación al desarrollo de la rama en el período y a la relación entre la centralización de capitales y la mecanización de los procesos productivos. Lo que observamos es una producción creciente, una constante disminución del número de establecimientos, una mayor productividad por obrero empleado, una creciente incorporación de maquinaria (en la década de 1890 parecen incorporarse por primera vez las máquinas de vapor, luego reemplazadas por las eléctricas y los motores a explosión), y una tendencia a aumentar la fuerza motriz empleada en cada establecimiento.

VI- El conocimiento inicial de la rama. Aspectos cuantitativos.

A partir de los datos censales podemos hacer una primera aproximación al desarrollo de la rama en el período y ver con claridad cómo crecieron ciertas empresas mientras que otras rápidamente desaparecieron o fueron absorbidas por sus competidoras. Si bien nos ocuparemos de la industria cervecera en todo el país, no podemos dejar de destacar que la actividad estaba concentrada en la ciudad de Buenos Aires y en la provincia de Buenos Aires, por lo cual, muchas veces, los datos con los que contamos se reducen a estos distritos. El primer Censo nacional (1869) casi no contiene información sobre la actividad “industrial” y sólo registra la cantidad de profesionales que actuaban en el país. Sobre un total de 83 “cerveceros”, 69 se encontraban en Buenos Aires. Esto demuestra que no existía una gran producción nacional y que la poca que había estaba concentrada en Buenos Aires.

Unos años después, en 1881, podemos ver que en la provincia de Buenos Aires había un total de 10 establecimientos cerveceros con 64 empleados y con un capital invertido de \$m/c 1.239.000. Si bien la información del censo provincial de 1881 es escueta, nos permite ver que cada establecimiento contaba, en promedio, con sólo media docena de empleados, lo que es un indicio de que sus dimensiones no eran demasiado importantes. El censo municipal de 1887 nos proporciona los primeros datos sobre la Ciudad de Buenos Aires: 6 establecimientos y \$350.000 de materia prima elaborada. El trabajo de

Dimas Helguera⁵ sobre la industria en nuestro país aporta algunos datos de principios de los '90: existen en el país, según el empadronamiento hecho para el cobro del impuesto que pesa sobre la cerveza, 81 fábricas, 8 de las cuales están en la ciudad de Buenos Aires (aunque algunas de ellas no han funcionado en el año 1892). Se ve así que la década de 1880 fue propicia para la creación de nuevas compañías cerveceras ya que aún era posible competir sin grandes capitales, pudiéndose así ampliar el número de capitalistas.

La crisis de 1890 produce las primeras quiebras y el número de establecimientos se reduce en un 25 %. Según los datos del segundo Censo Nacional (1895) que contiene un apartado especial sobre la rama cervecera, en Argentina quedan 61 establecimientos, con 69 máquinas a vapor, que emplean a 957 personas y que cuentan con un capital de 8.843.589 pesos de curso legal. Un estudio de G. P. Salas⁶, Director General de Estadísticas, nos permite ver qué ocurría en 1895 en la provincia de Buenos Aires: los 39 establecimientos relevados en este informe -“*incluidas las instalaciones primitivas que fabrican cerveza para la localidad*”- produjeron ese año 8.767.200 l, con 436 empleados, 237 máquinas y 29 máquinas a vapor (605 hp). La cervecería Quilmes, solamente una de esas fábricas, contaba con 255 empleados, 53 máquinas (23 a vapor: 537 hp). Los datos son por sí mismos elocuentes: el nivel de centralización de esta industria es impresionante.

En el censo municipal de 1904 observamos que se mantiene el número de establecimientos de la ciudad de Buenos Aires (4), mientras que los empleados aumentaron a más del doble (de 204 a 528), lo mismo que la producción (ahora de \$m/n 3.255.000). Bieckert, una de estas cuatro fábricas, era la responsable de la mayor parte de la producción en la Capital. En 1908, en este mismo distrito, se mantenían operando sólo 3 establecimientos, pero la producción había crecido un 150 %, llegando a \$m/n 8.108.300 y el personal se había duplicado -1.090 empleados-. Ese mismo año, en la provincia de Buenos Aires, sólo quedaban 11 establecimientos (de los 33 relevados en el censo de 1895), que empleaban a 1.646 personas y producían \$m/n 11.044.530. Puede observarse un proceso similar al descrito anteriormente: un aumento de la producción de más del 100 %, a la vez que se reduce el número de establecimientos a la tercera parte.

El censo industrial de la república de 1908/9 presenta, además, estadísticas comparativas de las principales industrias. Analicemos qué ocurría en los dos principales distritos cerveceros. En la Capital Federal, la industria cervecera era la séptima según la magnitud de sus capitales, la vigésima según la potencia de su fuerza motriz, pero se encontraba en el puesto 35 en cuanto al número de operarios y casi última en relación a la cantidad de establecimientos. En la provincia de Buenos Aires, la industria cervecera era la segunda en relación a sus capitales invertidos, la quinta en producción, la séptima en

⁵Helguera, Dimas: La producción nacional en 1893, Buenos Aires, Editores Joyopoago y Cía, 1893.

⁶Salas, G. P.: *La agricultura, ganadería, industria y comercio en la provincia de Buenos Aires en 1895*, Talleres de Publicaciones del Museo, La Plata, 1896, pp. 64-66.

cuanto a la cantidad de empleados y ni figuraba en la lista que indicaba la cantidad de establecimientos. Esto muestra que el grado de centralización era muy superior al del resto de las industrias y que, al mismo tiempo, era una de las ramas con mayor capital invertido, lo que es un primer indicio de la relación entre la mecanización y la centralización. Las cervecerías menos tecnificadas, menos productivas, iban desapareciendo o bien siendo compradas, antes de quebrar, por los gigantes de la rama (Quilmes y Bieckert).

El tercer Censo Nacional (1914) presenta un interesante trabajo comparativo respecto al censo de 1895 y nos muestra claramente que el proceso de concentración y centralización se sigue desarrollando impetuosamente. Disminuye el número de establecimientos a menos de la mitad (de 61 a 29) mientras que la producción aumenta más de 10 veces (de \$m/n 2.971.465 a 35.639.002). Donde más claramente se observa esta reducción del número de establecimientos es en Buenos Aires, justamente donde la producción más crece. El personal empleado también aumentó en un 150 % (de 957 a 2.599). Además se nota una sustitución de las máquinas a vapor (bajan de 61 a 33) por las eléctricas (ahora hay 328) y en menor medida por los motores de explosión (10), lo que implica una modernización en los establecimientos (de algo más de 1.000 HP de energía se pasa a más de 8.000 HP). No se registra aún, a diferencia de lo que ocurre en otras ramas industriales, un reemplazo de la materia prima importada (cebada y lúpulo) por la producida en el país⁷. El que la producción haya aumentado en un 1100 % y la cantidad de empleados tan sólo en un 150 % nos da indicios de que habría habido un aumento considerable de la productividad del trabajo, lo que además podría relacionarse con el importante incremento de maquinaria y de energía empleadas, elementos que analizaremos más adelante.

El *Boletín de la UIA* del 15 de noviembre de 1908, donde aparece un breve informe titulado "La industria de la fabricación de cerveza en la República", nos permite completar alguno de los datos anteriores. Se registran 48 cervecerías en la Argentina de las cuales aparecen mencionadas las 10 de mayor producción:

Las 10 cervecerías de mayor producción en 1908.

Cervecería	Producción anual (en HL)
Argentina Quilmes	400.000
Bieckert	140.000
Palermo	80.000
Río Segundo	50.000
Buenos Aires	35.000
San Carlos	30.000

⁷ Recién en las décadas siguientes se reemplazará a la cebada cervecera importada por la producida en la Argentina, lo cual se producirá en parte gracias a que Quilmes inauguró una moderna planta de procesamiento de la cebada, la Primera Maltería Argentina (1920).

Schlau, del Rosario	12.000
Germania	12.000
San Martín (Bahía Blanca)	6.000
Piazza (Azul)	2.000

Se ve claramente que Quilmes y Bieckert superan en forma desproporcionada a sus competidoras. Además, hay que destacar que los otros 38 establecimientos que no figuran en el cuadro tienen una producción ínfima, de menos de 2.000 hl, lo que no llega a ser ni el 0,5 % de la producción de Quilmes. Se presenta otro indicio, entonces, de que al requerirse mayores volúmenes de capital para producir cerveza debido a la creciente maquinización, los establecimientos menores sólo producen volúmenes marginales y están condenados, en el corto o mediano plazo, a desaparecer o al ser subsumidas (tal fue la suerte que corrieron, por ejemplo, las cervecerías Schlau y Palermo, compradas ambas por la Cervecería Argentina Quilmes en 1907 y 1912, respectivamente).

El estudio sobre la industria de la cerveza que lleva adelante Tornquist⁸ nos proporciona más datos reveladores sobre este doble proceso, en apariencia contradictorio, de aumento de la producción (a excepción del período 1914-18, cuando por la Primera Guerra Mundial se dificultó la importación de cebada y lúpulo) y, al mismo tiempo, reducción del número de establecimientos:

Producción de cerveza entre 1906 y 1919:

Año	Producción de cerveza (en litros)
1906	64.754.249
1907	70.116.303
1908	81.628.682
1909	86.256.062
1910	98.056.959
1911	100.252.199
1912	109.443.421
1913	125.530.430
1914	75.095.019
1915	73.332.862
1916	77.221.973
1917	78.769.194
1918	96.168.687
1919	133.301.086

⁸ Tornquist, E. y Cía. Limitada: *El desarrollo económico de la República Argentina en los últimos 50 años*, Buenos Aires, 1920. Parte IV, capítulo III: "La industria de la cerveza".

El propio Tornquist da cuenta del fenómeno que nos interesa aquí resaltar cuando señala: "*En este caso, como en la industria harinera, el número de establecimientos ha disminuido por haberse centralizado la producción en grandes fábricas dando lugar a la desaparición de los pequeños establecimientos, con la ventaja consiguiente de la mejora en la calidad del producto fabricado*"⁹.

Si analizamos lo que ocurría unos años más tarde, vemos que el proceso se consolida. Periódicamente cierran fábricas al mismo tiempo que la escala de producción se amplía. Un informe de Javier Padilla de 1917¹⁰ se propone comparar los datos de 1895 con los de 1915/16 en cuanto a los siguientes rubros: número de establecimientos (de 61 pasan a 25), capital invertido (de \$m/n 8.298.589 a \$m/n 64.248.020), producción (de 156.414 hl a 770.859 hl), ventas (de \$m/n 4.490.130 a 26.299.556), fuerza motriz (de 1.120 HP a 7.030 HP), personal (de 957 a 3.114). Las diferencias no son aún mayores ya que, como señalamos más arriba, durante los años de la Guerra bajó la producción por la falta de materias primas, que aún eran importadas.

En base a los datos de una Circular del Ministerio de Agricultura de septiembre de 1930, donde se establece una comparación entre los años 1913 y 1929, se ve una nueva reducción del número de establecimientos de más del 40 %, acompañada por un aumento de la producción (100 %) y de la fuerza motriz (115 %). El proceso de centralización se profundiza aún más en los años siguientes. La evidencia de ello aparece resaltada en un informe publicado en 1934 por la *Revista de Economía Argentina*: "*Se ha observado también un proceso de centralización de la producción en grandes fábricas (...) El crecimiento de la industria en los últimos 20 años puede deducirse del hecho de que en 1914 todas las fábricas de cerveza de la República reunidas tenían un capital de 32 millones de pesos moneda nacional, y que en 1932 sólo 11 fábricas, que son sociedades anónimas, tengan más de 75 millones de pesos moneda nacional, o sea más del doble*"¹¹.

En los censos industriales de 1935 y 1937 se ve nuevamente una concentración acompañada por un decrecimiento en el número de establecimientos a la par que se da un aumento en el número de empleados y obreros y de maquinaria empleada. Ahora sí se da un contundente reemplazo de la materia prima importada (que antes era más del 90 %) por la nacional (que ahora supera el 80 % del total utilizada). A diferencia de los casos "clásicos", acá fue la industria la que impulsó la actividad agrícola relacionada con ella. Entre los datos que nos proporciona el censo de 1937 hay un cuadro comparativo entre las producciones de 1935 y 1937, respecto a: establecimientos (de 18 a 19), empleados y obreros (de 4.131 a 4.695), potencia de los motores primarios y eléctricos a corriente comprada (17.098 a 17.224 HP), sueldos y salarios pagados en efectivo (de \$m/n 7.582.000 a 7.918.000), materias primas empleadas

⁹ *Ibidem*, p. 62.

¹⁰ Informe de Javier Padilla, Director General de la Sección Industrias, Pesas y Medidas, al Ministro de Agricultura, Honorio Pueyrredón, 15/05/1917.

¹¹ *Revista de Economía Argentina*, 1934, tomo 32, números 187, pp. 3-4, y 188, pp. 75-78.

(de \$m/n 9.388.000 a 11.255.000), combustible y lubricante (de \$m/n 1.682.000 a 1.865.000), y productos elaborados (de \$m/n 34.287.000 a 37.293.000). El censo de 1939 confirma las tendencias anteriores. Existen 21 establecimientos cerveceros con 570 empleados y 4.339 obreros. Por primera vez aparecen clasificados los establecimientos según los tamaños lo que nos permite ver que el proceso de disminución de establecimientos observado a partir del censo de 1914 iba acompañado de un proceso de centralización (13 de los 21 establecimientos son de más de \$m/n 500.000 -los más grandes-, y producen más del 95 % de la cerveza). En el Censo de 1946 se verifican una vez más las tendencias que veníamos describiendo más arriba y la producción muestra un aumento sin precedentes: \$m/n 136.509.000 (recordemos que en los censos de 1935, 1937 y 1939 la producción total no llegaba a \$m/n 40 millones).

Las fuentes escogidas nos muestran, entonces, la contundencia con que en esta rama industrial se dio el triple proceso de acumulación (los capitales fueron multiplicándose, autovalorizándose), concentración (los medios de producción y el control del proceso de trabajo pasaron cada vez más a manos de los capitalistas y a la par se mecanizaron los establecimientos cerveceros, por lo que el divorcio entre propietarios y no propietarios se profundizó), y centralización (los capitales mayores expropiaron a los menores), propios, como señalamos en más arriba, de todo desarrollo capitalista.

VII- Los cambios en los procesos de trabajo y de producción desde su inicio hasta los primeros años del siglo XX. Dos estudios de caso: Bieckert y Quilmes.

En el apartado anterior, cuando analizamos la concentración y la centralización, también observamos que los establecimientos de Bieckert y Quilmes eran los responsables de la mayor parte de la producción cervecera a principios del siglo veinte. Sin embargo, ya en la década de 1890 ambos establecimientos eran sin duda hegemónicos. Para 1894, Quilmes y Bieckert reunían el 65 % del capital invertido en el sector. Con un capital de m\$N 4.200.000, Quilmes produjo 7.630.500 litros -lo que equivalía al 50 % de la producción total del país-, empleando a 400 personas, con 25 máquinas de vapor y con una fuerza motriz de 476 HP. Bieckert, por su parte, empleaba a 150 personas, contaba con 12 máquinas a vapor, y elaboró 4.300.000 litros. Lo que haremos ahora será reconstruir la historia de los dos gigantes cerveceros, Quilmes y Bieckert, para mostrar que, si lograron ser los principales beneficiarios de la centralización, fue debido a que lideraron los cambios técnicos en el rama llevando la mecanización a un grado mucho más desarrollado que sus competidores.

a) Bieckert.

Emilio Bieckert, descendiente de una antigua familia francesa propietaria de una fábrica de cerveza en Strasburgo, emigró a Argentina sin dinero y se empleó en la Cervecería Santa Rosa,

propiedad de Juan Buckler. Posteriormente, en 1858, viajó por un breve período a Chile y fundó allí la primera cervecería propiamente dicha del país trasandino. El procedimiento era completamente artesanal: una persona -casi siempre una mujer- tomaba una pequeña cantidad de granos de cebada, los frotaba entre sus manos y los soplaban hasta que quedaban limpios. En 1859, Emilio Bieckert regresó a la Argentina y fundó, al año siguiente, una cervecería en Buenos Aires, en Piedad y Azcuénaga. En la misma trabajaba un único peón y sólo contaba con 2 pipas o toneles comunes para fermentar el líquido que resultaba de la maceración de la cebada. Muy pronto incorporó más obreros, útiles y materias primas y, en 1861, se mudó a Salta 12, donde permaneció varios años. Para 1886, la fábrica contaba ya, según Manuel Chueco¹², con una importante maquinaria que le proporcionaba una fuerza nominal de 500 caballos de vapor, empleaba a 600 personas (empleados directos e indirectos), producían 36 toneladas de hielo por día y, cada 10 horas, podían producir un volumen de 100 pipas de cerveza. Si bien la descripción es sumamente incompleta nos permite ver cómo este pionero, a partir del conocimiento que adquirió en su labor como empleado (y como miembro de una tradicional familia europea de cerveceros) y de la posibilidad de ahorrar un mínimo de dinero como para independizarse y abrir su propio negocio (aunque fuera con un solo peón), pudo ser competitivo e iniciar un proceso de acumulación. Entendemos que esto no sería posible unos años después, cuando el proceso descansaba ya en una base objetiva, cuando se requerían maquinarias muy sofisticadas para elaborar cerveza.

Chueco proporciona asimismo una detallada descripción de la "fábrica", lo cual nos servirá para compararla con la de Quilmes de principios del siglo veinte y ver la creciente concentración de los medios de producción. En la planta baja se encontraba ubicado el departamento de máquinas compuesto por 2 pares de poderosas máquinas a vapor que funcionaban día y noche y llevaban la fuerza motriz a todos los pisos y otros motores (por ejemplo, uno de 40 caballos, hecho en nuestro país). También se encontraban en la planta baja las secciones donde se preparaban, limpiaban, llenaban y tapaban las botellas y barriles. En el proceso de limpieza participaban 20 hombres que tomaban las botellas que otros tantos ponían en sus manos. Las introducían, una por una, en un delgado cilindro rodeado de cerdas por el cual pasaba un chorro de agua (éstos, movidos por vapor, limpiaban en pocos segundos los envases). Otros 20 hombres ponían botellas en aparatos para secar y otro grupo se encargaba de ponerlas en bombas automáticas que las llenaban por millares. Un quinto grupo de trabajadores, por medio de "perfeccionadas máquinas", les colocaban el corcho-tapa y un último grupo los sujetaban por medio de delgados alambres. Los barriles, en cambio, se cepillaban y lavaban con agua caliente y fría, y se llenaban con bombas. En total, en la planta baja, trabajaban 180 operarios. Si bien la descripción del proceso de trabajo propiamente dicho no es demasiado precisa (recordemos que los cronistas de la época estaban generalmente maravillados por las nuevas máquinas introducidas y tendían a subestimar en sus

¹² Chueco, Manuel: *Los pioneros de la industria nacional*, Buenos Aires, Imprenta de la Nación, 1886, pp. 99-125.

descripciones el trabajo manual de los obreros), vemos que se utilizaban gran cantidad de operarios para manipular las botellas, que no había una circulación automatizada y que el trabajo aún conservaba su base subjetiva pese a la introducción de maquinaria para determinadas operaciones (en este caso el lavado de envases). Como el sistema de máquinas aún no estaba definitivamente constituido, el proceso de trabajo correspondería a la etapa de la manufactura moderna, donde la mecanización de las tareas es aún parcial.

Un extenso artículo publicado en *La Nación* a mediados de la década de 1890¹³ realiza una detallada descripción de la fábrica y del proceso de producción. Que los observadores de esa época, en este caso periodistas, estaban maravillados por la mecanización es algo que escapa de toda duda: “*Hasta ahora la maquinaria y la temperatura, ya elevada, ya baja, lo han hecho casi todo. Queda ahora el trabajo del hombre, queda la cuestión de los envases*”. Según estos autores de *La Nación*, sólo podía observarse trabajo humano directo en la actividad específica del movimiento de los envases. Esto es otra muestra, si bien se fetichiza el “trabajo” de las máquinas durante todo el proceso anterior, del altísimo grado de tecnificación con que contaba la fábrica. Veamos en qué consistía el proceso de trabajo en el sector del envasado, el único que según los observadores conservaba su base manual. Después de vacías, las botellas son devueltas por los comercios expendedores de cerveza a la compañía, y, luego de ser lavadas cuidadosamente con agua fría, son colocadas en una inmensa rueda formada por casillas. Ésta gira en agua caliente que contiene en disolución materias químicas que destruyen por completo todos los gérmenes que podían encontrarse en la botella. La botella es luego sacada de la casilla y colocada boca abajo en un pequeño caño del cual sale agua mezclada con arena. Un hombre revisa cuidadosamente cada botella y la manda a que la enjuaguen otra vez. La llenan entonces con cerveza y pasa a manos de otros empleados encargados de taparlas. El hecho de que aún se conserven estos movimientos manuales, de que no haya aún un sistema de transmisión continua de las botellas, indica que no podemos hablar de un sistema de máquinas plenamente constituido, pero sí de un régimen de manufactura moderna ya muy adelantado.

Unos años después, en 1908, debieron construir nuevas instalaciones, de 100.000 m² de superficie en Llavallol, provincia de Buenos Aires, de magnitud sólo comparable, como enseguida veremos, a las de su principal competidora, la cervecería Quilmes. El hecho de que debieran ampliar las instalaciones en forma tan impresionante daría cuenta de un nuevo salto en la concentración de capitales en manos de los capitalistas. En menos de medio siglo, se pasó, de producir la cerveza con métodos artesanales y casi sin ninguna máquina, a un sistema moderno, mecanizado y automatizado, donde el trabajo vivo se fue reemplazando por el muerto (recordemos las máquinas a vapor que llevaban fuerza motriz a los distintos pisos de la fábrica y las que servían para lavar y llenar los envases, entre otras). Se

¹³ *La Nación*, 05/11/1894, p. 6.

ve, entonces, a lo largo del período, una ampliación de la escala de producción y una creciente incorporación de maquinaria.

b) Quilmes.

Para ver más cómo aumentan el grado de concentración y a la par el de tecnificación, compararemos ahora el caso recién estudiado con el de la fábrica de Quilmes, cervecería fundada en 1888, que se encontraba ubicada a 17 o 18 km al sur de Buenos Aires.

La superficie de construcciones llegaba 90.000 m² y poseía más terrenos y casas para parte de su personal. La fábrica constaba de 2 instalaciones completas, la más antigua con una capacidad de producción de 1.350 hl por día y la otra de 2.500 hl por día. Poseía cubas de fermentación con capacidad para 24.000 hl y cubas de guardia con capacidad para 125.000 hl, que permitían el almacenamiento durante el invierno (período en el que sólo se consumía un 20 % de la cerveza que se consumía en verano). Había 10 calderas y aparatos frigoríficos, motores empleados para la producción de frío con una potencia de 580 caballos y una usina central de energía eléctrica que distribuía fuerza a todas las secciones. En un local (10.000 m²) se realizaba el lavado, el envasado, la pasteurización y el acondicionamiento de botellas para la venta. La circulación de botellas entre los distintos aparatos se producía mecánicamente, por medio de transbordadores eléctricos, de marcha lenta y continua. Esto puede apreciarse más claramente en una publicación de la Cervecería Argentina Quilmes de 1910¹⁴, en una de cuyas fotografías del Departamento de embotellado puede observarse una cinta sin fin que traslada cajones de botellas. Esta es una clara diferencia respecto a la fábrica de Bieckert de fines del siglo XIX, donde el movimiento de botellas era manual. En otra fotografía de la publicación de la empresa se aprecia una vista parcial del Departamento de fabricación donde se observan grandes cañerías por donde debe fluir la cerveza. Esto muestra que no se requería del trabajo humano directo para transportar las materias primas entre las distintas fases del proceso de producción, lo cual es otro indicio de que el trabajo manual directo tendía a ser reemplazado casi por completo por procesos automáticos.

Tomemos como punto de referencia el área de envasado, para establecer una comparación con el proceso de trabajo en la principal fábrica competidora, Bieckert. El departamento de envasado de Quilmes era sumamente moderno ya que contaba con máquinas automáticas. Las botellas se llenaban por medio de 10 grandes columnas de rendimiento, cada una con una capacidad de 4.000 botellas de 2/3 l por día. Las mismas, una vez empaquetadas, iban conducidas en norias (máquinas compuestas generalmente por dos grandes ruedas) hasta los vagones ferroviarios (ramales del ferrocarril del Sud) o hasta el tranvía eléctrico. Vemos entonces que el envío y retorno de los envases se hacía mecánicamente,

¹⁴ Publicación de la Cervecería Argentina Quilmes en conmemoración al Centenario de la Revolución de Mayo, 1910.

por medio de transportes eléctricos, con movimiento continuo. La asepsia durante el lavado de los envases era total. Las botellas que se devolvían después del uso, corrían por cintas automáticas que evitaban todo manipuleo, pasaban a grandes lavaderos (invento de un técnico de la empresa), que contaban con aparatos donde se remojaban en una solución de potasa, por dentro y por fuera. En cuanto al sellado de los envases podemos decir que había máquinas especiales para apretar las cápsulas que van sobre el corcho (éstas se fabrican en otro departamento) que se debían a la invención del mayordomo de la fábrica. También las etiquetas eran colocadas en forma automática.

Si analizamos el caso de la energía motriz que alimentaba la fábrica, las descripciones son más elocuentes aún. Se señala que la dirección técnica empezó, a principios de siglo, a crear una usina central de energía eléctrica capaz de distribuir la fuerza precisa en donde se necesitara, en cualquiera de todos los sitios de la fábrica. Esta usina se tornó insuficiente y en 1912 se instaló una turbina a vapor con un generador de corriente alternada trifásica, con una capacidad de 750 kw y luego se colocó otra con un generador de 1.200 kw. Esta fábrica también producía el vapor gracias a la instalación de 11 calderas, en las que se podía usar carbón o petróleo como combustible¹⁵. Esto es otro indicio de la transición a la gran industria: empieza a establecerse un sistema a través del cual la fuente de alimentación de la maquinaria es unificada.

Los dos ejemplos analizados nos permitirían plantear una relación entre los procesos de concentración y centralización y la introducción de maquinaria, con la consiguiente mecanización de trabajos que previamente se realizaban en forma manual. No puede entenderse uno sin el otro: la mecanización, con el consecuente aumento de la composición orgánica (relación entre el valor del capital constante respecto al variable), hacía más competitivas a algunas compañías -Quilmes y Bieckert- e inviábiles a otras¹⁶, que pese a la compulsión económica por aumentar la productividad, no contaban con los capitales necesarios para afrontar ese proceso y entonces se veían obligadas a cerrar sus puertas o, en el mejor de los casos, a vender sus fábricas a los líderes de la rama (tal el caso de las cervecerías Schlau y Palermo, que a principios del siglo XX se encontraban entre las 10 principales del país).

VIII- Conclusión

¹⁵ En 1915, las industrias cervecera, harinera y de los ferrocarriles eran las que lideraban las compras de fuel oil, que rendía en las calderas más que el carbón.

¹⁶ Si bien hemos omitido aquí, por razones de espacio, la descripción y análisis de los procesos de trabajo en los establecimientos menores, debemos señalar que las fuentes permiten constatar que los procesos laborales tienen un contenido más primitivo y menos mecanizado en dichos establecimientos, lo cual es particularmente visible en la sección de envase, la cual describimos para los casos de Quilmes y Bieckert.

Pese a que aquí sólo presentamos un breve resumen de nuestra investigación sobre la industria cervecera, podemos plantear algunas de las hipótesis en las que avanzamos hasta esta etapa de nuestro trabajo:

- 1) Quedó clara la contundencia del proceso de acumulación, concentración y centralización que caracterizó a la industria cervecera desde 1870 hasta 1940: la producción llegó a superar los 130 millones de litros en 1919 y, en ese momento, los establecimientos eran menos de 25, la tercera parte de los que se registraron 30 años atrás. Ya en 1946, con sólo 17 establecimientos, la producción es varias veces superior a la de las mediciones anteriores correspondientes a los años treinta. El crecimiento del número de capitalistas, que usualmente se produce en los inicios de la industrialización (cuando aún no se requieren capitales de gran magnitud), se vio en esos años contrarrestado por el proceso de atracción de capitales por el cual los menores fueron absorbidos por los mayores (centralización).
- 2) Planteamos, como hipótesis en base a algunos indicios que presentamos, que la concentración y la centralización iban unidas al proceso de revolución constante de los procesos de trabajo y de los medios de trabajo. Justamente, cuanto más avanza la tecnificación, más difícil se hace la supervivencia de los capitales menores. El hecho de que Bieckert y Quilmes incorporen permanentemente tecnología para abaratar costos impondría una dinámica competitiva con una tendencia intrínseca a la centralización. En la Cervecería Quilmes, en los albores del siglo veinte, ya se ha establecido un sistema de máquinas, que empleaban una fuerza motriz unificada (recordemos la usina central que proveía de energía a toda la fábrica). Hasta el proceso de envasado, que era el que anteriormente presentaba la mayor cantidad de trabajo directo (lo cual observamos en la fábrica de Bieckert, durante la década de 1880 y 1890), aparece en esos años finalmente mecanizado.
- 3) Vimos también que la industria, al menos en la rama cervecera, no era “primitiva” ni poco desarrollada. El aporte empírico que realizamos permite, si lo relacionamos con lo que ocurría en otras ramas, poner en cuestión las tesis que sólo ven un “despegue” industrial a partir de la década del treinta del siglo veinte. La sustitución de importaciones -y en este punto los datos son elocuentes- se produjo en esta incluso rama mucho antes de la Primera Guerra Mundial. Asimismo, intentamos comprender este proceso a partir de la propia dinámica general del capitalismo, sin sobredimensionar los elementos “extraeconómicos” a los que usualmente se apela explicar el desarrollo de la industria en nuestro país. Esto no elude, claro está, intentar comprender además qué relaciones político-económicas permitieron a ciertos grupos económicos obtener beneficios adicionales debido a la intervención del estado y qué particularidades caracterizaron al desarrollo industrial argentino. Queda pendiente, para las siguientes etapas de la

investigación, ampliar el estudio de los elementos particulares del capitalismo argentino. Sin duda, se retomarán en este punto distintas problemáticas como el carácter del estado argentino (y su intervención o no para fomentar la industria local), las limitaciones de escala del mercado nacional, la influencia del capital externo, la dependencia tecnológica por el escaso desarrollo de la industria de bienes de capital y otros elementos que podrían haber limitado el desarrollo industrial de la Argentina.